

mi familia; el insaciable deseo de ver países extranjeros no me permitió continuar más tiempo en aquella vida sedentaria. Puse mi familia en una buena casa en Redriff, entregué á mi mujer quinientas libras esterlinas, y reservé el resto de mi caudal, parte en dinero y parte en mercaderías, con el designio de aumentar el fondo. Mi tío Juan me había dejado unas tierras cerca de Epping, que me rendían anualmente treinta libras esterlinas; con esto y otra tanta renta que me producía cierto negocio de toros negros en Feterlanne, podía sustentarse muy cumplidamente mi familia, y yo llevaba el consuelo de no dejarla expuesta á la caridad de la parroquia. Mi hijo Juan, llamado así por respeto de su tío, estudiaba la latinidad, y estaba para ir á un colegio. Mi hija Isabel (que al presente está casada, con sucesion), se aplicaba al trabajo de la aguja. De suerte, que considerándome plenamente satisfecho del arreglo de toda mi casa, dí el último adios á mi mujer y á mis hijos; y á pesar de sus tiernas lágrimas me embarqué animoso en la *Aventura*, navio mercantil de trescientas toneladas, mandado por el capitán Juan Nicolás de Liverpool.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

## VIAJES DE GULLIVER.

### SEGUNDA PARTE.

#### VIAJE Á BROBDINGAG.

#### CAPITULO PRIMERO.

El autor, despues de haber sufrido una fuerte tempestad, desembarca en un país desconocido, donde uno de sus habitantes le recoge. De qué manera le tratan. Idea del país y sus naturales.

Parece que la Naturaleza y la suerte me habían condenado á una vida agitada. Ya dije que volví á mi casa; pero á los dos meses de estar en ella la abandoné nuevamente, embarcándome en las Dunas el 20 de junio de 1702 en el navio nombrado la *Aventura*, cuyo capitán, Juan Nicolás, de la provincia de Cornoanille, partía para Surate. Logramos un viento muy favorable hasta la altura del cabo de Buena Esperanza, donde anclamos para hacer provision de agua, y hallándose incomodado nuestro capi-

tan de una calentura intermitente, no pudimos dejar el cabo hasta fines de marzo. De allí continuamos nuestro rumbo con felicidad en el viaje hasta el estrecho de Madagascar. Pero habiendo llegado al Norte de esta isla, los vientos que en aquellos mares soplan siempre con igualdad entre Norte y Oeste, desde principio de diciembre hasta entrado mayo, principiaron á excederse con demasiada violencia el 29 de abril del lado de Oeste, durante veinte dias seguidos, en cuyo tiempo fuimos algo extraviados hácia el Oriente de las islas Molucas, y casi tres grados al Norte de la línea equinoccial, segun advirtió nuestro capitán por cierto cálculo que hizo el segundo dia de mayo en que cesó el viento. Era hombre muy experimentado en la navegacion de aquellos mares, y habiéndonos prevenido que nos dispusiésemos para una horrible tempestad al dia siguiente, sucedió como lo habia pronosticado. Principió á moverse un viento Sud, que llamamos Monson, y temiéndonos que fuese en aumento recogimos la vela del bauprés y nos preparamos para la mesana, que fué preciso recoger tambien, y amarrar los cañones, porque la tempestad iba tomando fuerza. El navío estaba al través, y en esta situacion tuvimos por el mejor partido ca-

minar viento en popa. Remachamos la mesana, guarnecemos las escotas, el timon estaba hácia el viento, y el navío se gobernaba bien. Echamos fuera la vela mayor; pero muy pronto la desgarró el temporal. Despues arriamos la entena mayor para desarmarla, y cortamos todos los cordajes y la llave que la mantenía. Sacamos los brazos al timon, y ayudamos al timonero, que no podia gobernarle solo. No queríamos arriar el mástil de gavia mayor, porque el buque iba mejor con las olas, y estábamos persuadidos de que caminaba más seguro con el mástil levantado. Viéndonos bastantemente enmarados despues de la tempestad, echamos fuera la mesana y la vela mayor, y nos inclinamos un poco contra el viento, volviendo á colocar el artemon y tambien los masteleros de la gran gavia y de la menor. Nuestro rumbo era Este-Nordeste; el viento estaba al Sudoeste. Amarramos á estribor y desamarramos el brazo del lado del viento; armamos las bolinas y pusimos el navío todo lo que se pudo hácia el viento trabajando todas las velas. Mientras duró la borrasca, que fué seguida de un viento impetuoso de Oesudoeste, fuimos impelidos, segun mi cálculo, cerca de quinientas leguas hácia el Oriente; de suerte que el más antiguo y

experto de los marineros no supo decirnos en qué parte del mundo estábamos. Sin embargo, no nos faltaban víveres, el navío no hacia agua, y nuestro equipaje gozaba buena salud; pero nos hallábamos reducidos á una extremada penuria de agua dulce. En este estado tuvimos por más conveniente continuar el mismo rumbo que volver al Norte, por no caer en las partes de la Gran Tartaria, que son las más próximas al Noroeste y en el mar del hielo.

El 16 de junio de 1703 un grumete descubrió tierra desde la altura del papagayo; el 17 vimos ya claramente una grande isla ó continente (pues no supimos distinguirlo), y á su costado derecho habia una pequeña lengua de tierra que se adelantaba en el mar, y una corta bahía demasiado somera para que un navío de más de cien toneladas pudiese entrar en ella. Anclamos á distancia de una legua de la bahía, y nuestro capitán envió doce hombres de su equipaje bien armados en la chalupa, llevando á prevención algunas vasijas por si encontraban agua. Yo le pedí permiso para ir con ellos á ver el país y hacer las descubiertas que pudiese. Pero cuando hubimos tomado tierra no vimos ni rio, ni fuente, ni vestigio de habitantes, lo que obligó á nuestra gente á cos-

tear la ribera para buscar agua fresca á la orilla del mar. Entretanto, yo me paseaba solo, y penetrando casi una milla tierra adentro, no encontré otra cosa que un país estéril cubierto de rocas. Ya principiaba á cansarme, y no viendo nada que pudiese satisfacer mi curiosidad, me volvía poco á poco hácia la pequeña bahía, á tiempo que ví á nuestra gente sobre la chalupa que solo trataba de salvar sus vidas á fuerza de remos, perseguidos de un hombre tan agigantado, que metido en el mar apenas le llegaba el agua á las rodillas y daba unos pasos descomedidos; pero ellos habian tomado media legua de ventaja, y estando en aquel sitio el mar lleno de rocas, el gigante no pudo alcanzar la chalupa. Yo eché á correr cuanto pude trepando hasta la cima de una montaña escarpada, que me dió la facultad de poder ver una parte del país. Le hallé perfectamente cultivado, pero lo que desde luego me pasmó fué la altura de la yerba, que me pareció levantaba más de veinte piés.

Tomé un camino real, á mi modo de pensar, aunque para los habitantes del país no era más que una pequeña senda que atravesaba un campo de cebada. Anduve por algun tiempo, pero á ciegas, porque las mieses estaban ya en sa-

zon y tenían cuarenta piés de altura lo menos. Una hora tardé en llegar al otro extremo que estaba cercado de un seto de ciento veinte piés de elevacion ó algo más. Los árboles eran tan grandes, que yo no pude calcular la que tenían.

Tratando de buscar alguna aventura en la cerca, descubrí uno de los habitantes en el campo inmediato, de la misma talla que el que había visto anteriormente en el mar persiguiendo nuestra chalupa. Parecióme tan alto como un campanario de los regulares, y por mi cálculo, de cada paso alargaba cerca de cinco toesas. Me quedé temblando, corrí á esconderme entre la mies, desde donde le ví parado junto á un portillo del seto, y que mirando á todos los lados, daba unas voces más descomedidas y penetrantes que si salieran de una bocina: el sonido era muy fuerte, y como se elevaba en el aire, por el pronto creí que tronaba. Al punto se llegaron á él siete hombres de la misma estatura, cada uno con su hoz en la mano, y cada hoz tan grande como seis guadañas. Estos no estaban tan bien vestidos como el primero, de que inferí serian sus criados, y porque segun la órden que les dió pasaron luego á segar en la mies donde yo estaba escondido. Procuré alejarme de ellos cuanto pude, pero me costaba suma dificultad

moverme, porque las cañas del trigo, por algunos parajes, no distaban más de un pié las unas de las otras, de suerte que á veces no' podia andar en aquella especie de floresta. Avancé no obstante hácia una parte donde la lluvia y el viento habian encamado la mies, y no pude pasar de allí, porque las cañas formaban un tejido tan fuerte que era absolutamente imposible romper por ellas, y las barbas de las espigas caidas eran tan duras y agudas, que me atravesaban el vestido y se entraban en la carne: á este tiempo oí á los segadores, que apenas estaban ya á cincuenta toesas de mí. ¡Cuál fué mi pavor entonces! Totalmente desmayado, me dejé caer entre dos surcos, aguardando, para alivio de mi congoja, el término de mis días, representándome á mi viuda desconsolada, mis hijos huérfanos y todos llorando mi locura de haber emprendido este segundo viaje contra el consejo de mis parientes y amigos.

En medio de una agitacion tan terrible no podia apartar de mi pensamiento el país de Lilliput, cuyos habitantes me habian mirado como el mayor prodigio que se habia visto en el mundo, adonde yo habia sido capaz de arrastrar una flota entera con una sola mano y de hacer otras hazañas, cuya memoria será eternamente

conservada en las crónicas de aquel imperio, á pesar de los incrédulos de la posteridad, que no cederán sin pena al testimonio de una nacion entera. La reflexion de parecer á la vista de esta gente un ente tan miserable como un lilliputiense entre nosotros, no era lo que menos me mortificaba; mas al fin tampoco constituia la mayor de mis desdichas, porque comunmente se nota que las criaturas humanas son más ó menos salvajes y crueles á proporcion de su talla; pero de esta consideracion, ¿qué podia yo esperar más que venir á ser bien pronto un bocado de carne en la boca del primero de aquellos bárbaros enormes que me agarrase? A la verdad, los filósofos tienen razon cuando nos dicen que no hay nada grande ni pequeño sinó por comparacion. Acaso los lilliputienses hallarán un dia otra nacion más pequeña á su respeto que ellos lo eran al mio. ¿Y quién sabe si esta casta prodigiosa de mortales será una nacion lilliputiense en comparacion de otra alguna que no hayamos descubierto todavia? Pero la confusion y susto que me poseian, no daban entrada por entonces á estas reflexiones filosóficas.

Acercándose uno de los segadores á cinco toesas del surco donde yo estaba echado, temí

que si daba otro paso más adelante me estripase con el pié ó me dividiese el cuerpo con la hoz; esto me obligó á prorrumpir en exclamaciones lastimosas con todo el esfuerzo que me permitia el desmayo de que estaba poseido luego que le ví dispuesto á levantar el pié. Inmediatamente se detuvo el gigante, mirando alrededor de sí y hácia arriba hasta que me vió. Quedóse parado observándome con toda la circunspeccion de un hombre que pretende coger algun animalejo pernicioso sin riesgo de que le muerda ó arañe, como yo lo he hecho muchas veces con las comadrejas en Inglaterra. Finalmente ya se determinó á cogerme por la parte más gruesa de mi cuerpo, levantándose á toesa y media de sus ojos para examinar mi figura con más exactitud. Conocí su intencion, y me estuve quieto mientras me tenia en el aire á más de sesenta piés de distancia del suelo, no obstante que me apretaba cruelmente por temor de que me escurriese entre sus dedos. No me atreví á hacer más movimiento que para levantar los ojos al sol, poniendo las manos en forma de súplica, y así hablé algunas palabras en tono muy humilde y lastimoso, conforme al estado en que me veia, temiendo á cada instante que se le antojase estriparme como nosotros

solemos hacer con ciertos insectos fastidiosos para librarnos de ellos; pero habiéndole hecho gracia mi voz y gesto principió á mirarme con más curiosidad, muy admirado de oirme hablar, aunque no me entendia.

Sin embargo, yo no pude reprimir mis lamentos y lágrimas, y volviendo la cabeza procuraba darle á entender todo el daño que me hacia con sus dedos. Yo creo que comprendió el dolor de que me quejaba, pues levantando una faldilla de su vestido me puso adentro con mucha suavidad y echó á correr á donde estaba su amo, que era un labrador rico, el mismo que habia visto desde luego en el campo.

El labrador cogió una pajita, que era tan gruesa como una caña de las que usamos para bastones, y con ella me levantó las faldillas de la casaca, que en mi concepto le pareció una especie de cubierta que la Naturaleza me hubiese dado, y para verme mejor la cara me sopló los cabellos. Llamó á sus criados, y les preguntó (segun pude conjeturar), si habian visto alguna vez en el campo algun animalejo que se asemejase á mí. Despues me puso de cuatro piés en el suelo; pero me levanté al instante y eché á andar con mucha gravedad hácia un lado y otro, porque no recelase que queria

escaparme. Sentáronse todos alrededor para mejor observar mis movimientos, y entonces yo, quitándome el sombrero, hice una cortesía muy sumisa al amo y me arrojé á sus piés, levantando las manos y la cabeza con diferentes exclamaciones en el tono más alto que podia. Saqué de mi faltriquera una bolsa llena de oro, y se la presenté con mucha humildad. El la puso en la palma de la mano, y aplicó la vista para distinguir lo que le daba; sacó un alfiler de la manga, la rodeó diferentes veces, y se quedó con las mismas dudas. Estando en esto le hice la señal de que bajase la mano, y tomando la bolsa la abrí y vacié en ella las monedas, que eran seis doblones de á ocho españoles, con otras veinte ó treinta inferiores. Mojóse el dedo con la lengua y levantó una de las monedas mayores y luego otra; pero yo creo que no comprendió lo que era. Por último, me mandó por señas que las volviese á la bolsa y las guardase.

Esto le hizo discurrir si seria alguna criatura racional, y principió á honrarme con su conversacion: articulaba muy bien las palabras, pero su eco me aturdió los oidos como si fuera un molino de agua. Yo le contestaba ya en un idioma, ya en otro, levantando la voz cuanto

podía, y aunque aplicaba su oído para entenderme, todo era inútil. Envió los criados al trabajo, y sacando un pañuelo de su faltriquera le dobló por medio; le extendió sobre la mano izquierda y me hizo seña de que me pusiese encima, á cuyo fin la bajó hasta el suelo y no hallé dificultad, pues apenas tendria un pié de grueso. Parecióme que debía obedecer; mas para no caerme me eché á la larga sobre el pañuelo en que me envolvió, y de este modo me llevó á su casa. Luego que entró llamó á su mujer y me manifestó á ella, la cual retrocedió prontamente, dando unos chillidos descompasados, como suelen hacer las inglesas á la vista de un escuerzo ó de una araña. Pero al cabo de algun tiempo, que observó mi modo y que contestaba á las señas que me hacia su marido, principió á quererme tiernamente.

Siendo cerca del medio dia sacó un criado la comida (vianda grosera conforme al estado de un simple labrador), en un plato de casi veinticuatro piés de diámetro, y se congregaron el amo, su mujer, tres hijos y una anciana abuela. Sentáronse todos, y el labrador me puso á su lado sobre la mesa, que era como de treinta piés de alta; pero yo tenia buen cuidado de no acercarme á sus bordes para no dar

en el suelo. La mujer cortó un pedacito de carne, desmigajó un poco de pan, y me lo puso delante en un plato de madera. Yo la hice una reverencia muy sumisa, y sacando mi cuchillo y tenedor, principié á comer: esto les hizo mucha gracia. Despues mandó á la criada que trajese una tacita que servia para beber licores, pues no hacia más de doce azumbres, y la llenó de bebida. Levantéla con bastante trabajo, y revistiéndome de autoridad brindé á la salud de madama, esforzando cuanto pude la voz en inglés. Entonces si que temí quedar sordo de la carcajada de risa en que prorrumpieron todos. El gusto de la bebida era muy semejante á la cidra, y no me desagradó. El amo me hizo seña de que me acercase á su plato, que tambien era de madera, y por apresurarme demasiado por poco no me mato, pues tropezando en una pequeña corteza de pan, cai de cara sobre la mesa. Me incorporé al instante, y advirtiéndome que aquellas buenas gentes se habian compadecido, tomé el sombrero, le di vueltas en la cabeza é hice dos ó tres aclamaciones para que viesen que no habia recibido daño. Pero al tiempo de llegar á mi amo (este es el nombre que le daré de aquí en adelante), el más pequeño de sus hijos, que estaba sentado junto á él y

era un muchacho como de diez años, muy maligno y travieso, me cogió por las piernas, y elevándose en el aire, me conmovió todo el cuerpo. El padre me arrebató de entre sus manos y le dió una bofetada tan fuerte en la oreja izquierda, que pudiera haber desbaratado un escuadron entero de caballería europea, mandándole que luego al punto se quitase de la mesa. Recelé que el chiquillo me guardase rencor, y acordándome de lo perversos que son naturalmente todos los muchachos en nuestro país contra los pájaros, conejos, gatos y perros, me puse de rodillas delante de mi amo, y señalándole con el dedo, le di á entender como pude le suplicaba que le perdonase. El padre descendió, y volviendo á tomar su silla el muchacho, llegué á él y le besé la mano.

A la media comida el gato favorito de mi ama se la puso encima. Oí detrás de mí un ruido como de doce telares de medias, y volviendo la cabeza, me enteré de que era un gatazo que mayaba. El ama le daba de comer, y él la acariciaba, pero á proporción de la cabeza y una pierna que ví, me pareció tres veces mayor que un buey. La ferocidad de aquel animal acabó de desconcertarme el cuerpo, sin embargo que procuré alejarme al lado más remoto de la

mesa, distante cincuenta piés, y el ama le tenia asido temiendo que se avalancese á mí. No sucedió nada, porque el gato ni reparó en mí siquiera.



Mi amo por ver lo que hacia me puso delante de él bastante cerca, y como siempre he visto que cuando se huye de una fiera ó se manifiesta miedo suele más presto echarse encima, determiné hacer de valiente, y que no temía sus garras. Principié á pasearme con mucha osadía, acercándome tanto, que el animal dió dos pasos atrás como si tuviera miedo de mí. Despues vinieron tres ó cuatro perros, entre ellos un mastin que abultaba por cuatro elefantes, y un lebel no tan grueso, pero más alto. Yo siem-



pre firme, aparentando serenidad de ánimo.

Al concluirse la comida entró el ama que atetaba un niño de la labradora como de un año de edad. Apenas me vió la criatura principió á dar unos gritos tan terribles, que creo se hubieran podido oír sin dificultad desde el puente de Lóndres hasta Chelsea. El me tuvo por un muñeco ú otra chuchería semejante, y lloraba porque se le dieran para entretenerse. La madre me levantó, y poniéndome en sus manos, al instante me agarró, y no tardó más en meter mi cabeza dentro de su boca, como es natural en aquella edad; más no fué esto lo peor, sino que asustado el muchacho, y si no ha sido porque la madre tenia puesto debajo su delantal, me hubiera roto la cabeza sin remedio. El ama para apaciguarle se valió de un juguete, que era un grueso pilar hueco guarnecido de unas piedras disformes, el cual pendia de la faja del niño por un cable muy fuerte, y no bastando esto á aplacarle, recurrió al último arbitrio, que fué darle de mamar. Es preciso confesar que no he visto cosa en mi vida que me haya horrorizado tanto, ni sé con qué poder compararla.

Entonces me acordé del atractivo de nuestras damas inglesas, que sin duda las favoreció

la Naturaleza en esta parte, y conocí que nuestra inclinacion puede consistir en la proporcion de la talla y grados de vista; pues es constante que si las mirásemos por un microscopio, descubriríamos ciertas deformidades que no alcanza nuestra vista y las afean extraordinariamente. Por la misma razon me decia una mujer en Lilliput que la parecia yo muy feo, que distinguia unos grandes agujeros en mi cútis; que mis barbas eran diez veces más gruesas que las cerdas del jabalí, y que la tez de mi cara era un conjunto de diferentes colores que la hacian totalmente desagradable, siendo así que soy rubio, y paso por un color bastante bueno. Pero dejemos estas digresiones.

Despues de la comida mi amo volvió á buscar á sus gañanes, y á lo que pude comprender por su voz y ademanes, dejó muy encargado á su mujer que me cuidase. Mi cansancio era bastante y tenia gana de dormir. La labradora lo conoció, y llevándome á su cama, me cubrió con un pañuelo blanco, que ne éra más pequeño que la gran vela de un navío de guerra.

Dormí dos horas soñando que estaba en mi casa con mi mujer y mis hijos; para aumentar mi afficcion, quando desperté me ví absolutamente solo en una espaciosa sala de doscien-

tos á trescientos piés de extension, y más de doscientos de altura, acostado en una cama que tenia diez toesas de ancha. Mi ama habia salido á los negocios de su casa, y me habia dejado encerrado con pestillo; de la cama al suelo habia cuatro toesas de distancia; apretábanme algunas necesidades naturales, y no me atrevia



á llamar, bien que hubiera sido inútil en una voz como la mia respecto adonde estaba la cocina, en que ordinariamente asistia la familia. Cuando hacia estas cuentas ví trepar dos enor-

mes ratas por las cortinas y principiar á correr sobre mi cama. Llega la una á mi cara, y yo todo asustado me incorporé como pude para echar mano al sable; pero aquellos terribles animales tuvieron la insolencia de acometerme por distintos lados. Principié á repartir cuchilladas y logré la fortuna de matar la una y ahuyentar la otra, volviendo á acostarme concluida la refriega para descansar y reparar el ánimo. Eran las tales ratas como dos mastines, pero sin comparacion más ágiles y feroces, de suerte que si me cogen indefenso infaliblemente me devoran.

Poco despues vino mi ama, y entrando en el cuarto advirtió que estaba todo ensangrentado. Acudió al instante á mi, y para que saliese del susto la hice señal de que mirase á la rata muerta, sonriéndome y dando otras muestras de que no estaba herido. Despues la supliqué como pude mi deseo de bajar al suelo, y aunque me soltó al punto, mi modestia no me permitia declarar la urgencia de otro modo que señalando á la puerta, haciéndola muchas cortesias. La mujer me entendió al cabo de algun tiempo, y volviendo á ponerme sobre su mano, me llevó al jardín y me dió libertad. Alejéme cerca de diez toesas, y dándole á conocer que de-

bia volver la cabeza, me oculté entre dos hojas de acedera, donde hice lo que se deja discurrir.

## CAPITULO II.

Retrato de la hija del labrador. Llevan el autor á una ciudad donde habia mercado, y desde allí á la capital. Exacta relacion de su viaje.

Tenia mi ama una hija de nueve años, pero de un espíritu superior á tan tierna edad. De acuerdo con ella me habia destinado para cama, antes que llegase la noche, la cuna de una muñeca que la servia de entretenimiento. Pusiéronla dentro de una gabeta de un escritorio pequeño suspendida en el aire sobre un estante por temor de las ratas, donde estuve durmiendo todo el tiempo que permanecí entre aquellas buenas gentes. La muchacha era tan ingeniosa, que en dos ó tres veces que vió cómo yo me desnudaba aprendió sin dificultad, y aunque no la permitiese este trabajo más que por obedecerla, ella me vestia y desnudaba

cuando queria. Me hizo seis camisas y otras ropas interiores del lienzo más delgado que pudo encontrar (es verdad que en su comparacion las velas de nuestros navios son de Holanda), y cuidaba de lavármelas por su propia mano. No solo era mi lavandera, sinó tambien mi maestra para instruirme en su idioma. Cuando la señalaba con el dedo alguna cosa, al instante me decia como se llamaba; de suerte, que en poco tiempo me hallé capaz de poder pedir todo lo que necesitaba: ciertamente que tenia un natural bellissimo. Me puso el nombre de *Grildrig*, que significa lo mismo que *nanunculus* en latin, *homunculetino* en italiano, y *manninbi* en inglés; puedo decir que á ella debo mi conversacion: estábamos siempre juntos; yo la llamaba *Glumdalclitch*, ó pequeña ama, y confieso que seria el hombre más ingrato é inhumano si olvidara en cualquier tiempo sus desvelos y afecto hácia á mí; pero lejos de eso quisiera llegar á verme otro dia en estado de reconocerlos: en el fondo de mi corazon lo deseo, entretanto que acaso habré sido la inocente, aunque infeliz causa de su desgracia. No me faltan motivos de temerlo.

Muy pronto se exparció por todo el país la noticia de que mi amo habia hallado en los

campos un animalejo poco menor que un Splacknock (que se cria en aquellos climas, y tiene casi seis piés de largo, y la misma figura que un racional), que imitaba al hombre en todas sus acciones y parecía hablar una especie de lenguaje que le era propio; que habia aprendido ya algunos de sus términos; que andaba recto sobre sus piés; que era dulce y tratable, venia donde le llamaban, hacia cuanto le mandaban; que tenia unos miembrecitos muy delicados, y un cutis más blanco y fino que el de una señorita en la edad de tres años. Otro labrador vecino, íntimo amigo de mi amo, fué á visitarle expresamente por examinar la verdad de la voz que corria. Al instante me hicieron presente, y poniéndome sobre una mesa me mandaron que me pasease; obedecí prontamente, saqué mi sable, le volví á la vaina, hice una gran cortesía al vecino, preguntéle por la salud en su propio idioma, le di la bienvenida y toda la relacion que me habia enseñado mi maestría. El amigo, que por su avanzada edad tenia ya cansada la vista, se puso sus anteojos para verme mejor; yo no pude reprimir la risa, y conociendo el motivo todas las gentes de la casa, principiaron á reir tambien, de suerte que el viejo chocho se dió por ofendido como un

bestia. Tenia la flaqueza de avariento, y no pudo disimularla según el detestable consejo que dió á mi amo, proponiéndole que podia ganar mucho dinero si me hacia ver de los curiosos cualquier dia de mercado en la ciudad inmediata, que solo distaba veintidos millas escasas. Luego lo malicié desde que advertí que hablaba con mi amo aparte muy reservadamente, que me miraban y señalaban con el dedo de cuando en cuando.

El dia siguiente me confirmó el pensamiento Glumdalclitch, mi directora, refiriéndome todo el negocio que habia sabido por su madre. La pobre muchacha me puso en su seno, y lloraba sin consuelo por los riesgos á que me exponian de quebrantarme, estropearme ó acaso reventarme si aquellos hombres bárbaros y groseros no me ataban con cuidado; y como habia observado mi modestia natural y extremada delicadeza en todo lo que mira al honor, se lamentaba de verme expuesto por dineros á la curiosidad del más bajo pueblo. Ella alegaba que su papá y su mamá la habian ofrecido que Grildrig seria todo suyo; pero que bien conocia que la querian engañar como habia sucedido en el año anterior con un cordero, que luego que estuvo gordo se le vendieron al carnicero. No te-

nia yo otra tanta pesadumbre, pues nunca me faltaron las esperanzas de recobrar algun dia mi libertad; y respecto á la ignominia de verme trasportado de lugar en lugar como si fuera un mónstruo, nunca creí que una desgracia tal pudiese herir mi honor, ni que me la echarian en rostro cuando volviese á mi pátria, porque al mismo rey de la Gran Bretaña le hubiera sucedido otro tanto en iguales circunstancias.

Mi amo admitió el consejo de su amigo, y poniéndome dentro de un cajon, me llevó al dia siguiente, que era de mercado, á la ciudad inmediata, acompañado de su hija. El cajon estaba cerrado por todo lados, con algunos agujeros para que entrase el aire. La muchacha habia tenido la advertencia de ponerme debajo el colchon de la cama de su muñeca; más con todo fué mucha la agitacion y golpeo que recibí en el viaje, aunque no duró más de media hora, porque el caballo avanzaba de cada paso cerca de cuarenta piés, y trotaba con tal violencia, que no se diferenciaba del movimiento de un navio en medio de la borrasca más fuerte; bien que, como he dicho, el camino no era más largo que de Lóndres á San Albano. Mi amo se apeó en una posada donde acostumbraba á hospedarse, y despues de haber consulta-

do con el patron, y dado las disposiciones necesarias, mandó al Glustrud ó voz pública, que diese aviso al pueblo de que habia llegado un animalito extraño, que se manifestaba en el parador del *Aguila verde*, el cual era un poco más pequeño que un Splacknock, semejante en todas las partes de su cuerpo á una criatura humana, que podia pronunciar diferentes palabras, y hacer una infinidad de cabriolas de mucha destreza.

Pusiéronme sobre una mesa en la sala más grande del parador que tenia cerca de trescientos piés en cuadro. A un lado estaba mi directora en pié sobre un banquillo bastante cerca para cuidar de mí é instruirme en lo que debia hacer, y mi amo, para evitar todo tropel y desórden, no permitia que entrasen de cada vez más que treinta personas. Yo me paseaba encima de la mesa arriba y abajo, segun me mandaba la hija; despues me hacia varias preguntas que ella sabia podia yo satisfacer con proporcion al conocimiento que tenia del idioma, á las cuales respondia con toda la propiedad y esfuerzo que me era posible. Me volvía hácia el pueblo y hacia mil cortesías. Tomaba un dedal de Glumdalclitch que me servia de vaso, y llenándole de vino brindaba por los es-

pectadores. Tiraba de mi sable y hacia el molinillo como los maestros de armas en Inglaterra, y por último me daba una pajita y hacia el ejercicio de la alabarda, que cuando muchacho habia aprendido en mi país. Esta fiesta se repitió doce veces el primer día, hasta que me rindieron cruelmente el cansancio, el disgusto y la melancolia.

Los que me habian visto salian ponderando tanto lo prodigioso del espectáculo, que el pueblo queria romper las puertas para entrar. Pero mi amo, mirando á sus intereses, no permitió que nadie me tocara, sinó mi maestra, y para ponerme más á cubierto de todo insulto habia rodeado de bancos la mesa, á tanta distancia que ninguno de los espectadores pudiese alcanzar con la mano á mi persona. Sin embargo, un diablillo de estudiante me tiró una vellana á la cabeza con tal violencia, que á no haber errado el golpe sin dificultad me hubiera saltado el cerebro, pues era tan gorda como un melon; pero tuve la satisfaccion de ver despedirle de la sala con toda la ignominia que merecia su malignidad.

Mi amo puso carteles ofreciendo manifestarme igualmente al público en el mercado siguiente, y entretanto me dispuso otro carrua-

je más cómodo, en vista de la fatiga que me habia ocasionado la primera marcha y la repetición de mis habilidades en ocho horas seguidas, pues al cabo no podia ya tenerme en pié y habia casi perdido la voz. Para colmo de mis trabajos luego que regresamos á casa todos los hidalgos de la vecindad, movidos de la admiración general, acudian sin cesar á verme; hubo dia que se juntaron más de treinta con sus mujeres ó hijos, que aquel país abunda tanto como la Inglaterra de hidalgos holgazanes y desocupados.

Considerando mi amo en el progreso de la invencion, determinó llevarme á todas las ciudades más principales del reino. Proveyóse de todo lo necesario para un viaje largo, arregló sus negocios domésticos, y despidiéndose de su mujer el 17 de agosto de 1703, casi dos meses despues de mi arribo á aquel país, partimos para la capital, que está situada hácia el centro del imperio, distante poco menos de quinientas leguas del lugar de nuestra residencia. Mi amo iba á caballo y á las ancas su hija, vestida de calzones, la cual me llevaba dentro de un cajon atado á su cintura y forrado del paño más fino que habia podido encontrar.

La idea era circular conmigo por todas las

ciudades, villas y aldeas algo cultas de la carretera, hasta las quintas que la nobleza tiene en aquellas inmediaciones. Hacíamos jornadas muy cortas, que no pasaban de ochenta ó cien leguas, porque Glumdalclitch, mirando á mi comodidad, se quejó de que no podia sufrir el trote del caballo, y de cuando en cuando me sacaba del cajon para que tomase aliento y viese el país. Pasamos cinco ó seis rios más anchos y profundos que el Nilo y el Gange; apenas habia arroyo que no fuese más caudaloso que el Támesis por el puente de Londres. Finalmente, tres semanas empleamos en el viaje, en cuyo tiempo me hicieron ver en diez y ocho ciudades principales, sin contar otras muchas villas y casas de campo.

El 26 de octubre llegamos á la capital, llamada en su idioma Lorbruldrud ó el orgullo del Universo. Mi amo tomó un cuarto en la calle más principal, no muy lejos del palacio real, y repartió billetes, segun costumbre, que contenian una descripcion prodigiosa de mi persona y talento. Allí dispuso un salon de trescientos ó cuatrocientos piés de anchura, donde colocó una mesa de sesenta piés de diámetro, sobre la cual debia hacer yo mi papel, y para que no me cayese la cercó de una empalizada.

Se dió principio al espectáculo, que me hicieron repetir diez veces en cada dia con grande admiracion y gusto de todo el pueblo. Ya hablaba yo su idioma razonablemente, y entendia muy bien todo cuanto decian de mí; tambien habia aprendido su abecedario, y aunque con algun trabajo podia leer y explicar un libro, pues Glumdalclitch me habia dado algunas lecciones en casa de su padre, y á las horas de descanso en nuestro viaje, á cuyo fin llevaba en su faltriquera un librito algo más grande que un atlas proporcionado á la juventud del país. Este era una especie de catecismo en compendio, del cual se servia para instruirme en las letras del abecedario y significacion de los vocablos.

